

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

E. v. Böhm-Bawerk: LA TEORIA DE LA EXPLOTACION (1).

Acaba de publicarse en español el célebre capítulo XII de la gran obra de Eugene von Böhm-Bawerk *Kapital und Kapitalzins*, en el deseo de poner al alcance de los lectores de habla hispana la marxista teoría de la explotación y la crítica que de la misma hiciera el pensador austriaco. La obra tiene interés, sobre todo en estos momentos, cuando las gentes preguntan qué predica en verdad el socialismo y cuáles alternativas pueden a tal pensamiento oponerse, si es que ello fuera oportuno. La introducción a la citada traducción española pretende facilitar la labor del lector con párrafos como los siguientes escasamente modificados, adicionados no obstante con pensamientos de común conocimiento hoy entre economistas, de los cuales, sin embargo, parece las gentes todavía no se han debidamente percatado.

En el *Manifiesto Comunista* (1848), Marx y Engels, para terminar con la explotación del trabajador por parte de la burguesía, trazan el siguiente programa, dócilmente aceptado hoy por Occidente: "El proletariado debe aprovechar su supremacía para atrebatar el capital a la burguesía, centralizando todos los medios de producción en manos del Estado, o sea en manos del propio proletariado constituido ya en clase rectora. Sólo mediante despóticas agresiones al derecho privado de propiedad y a las demás instituciones en que se basa la producción burguesa podrá ello alcanzarse. Y si bien habrá, al principio, que recurrir a arbitrios carentes de justificación desde un punto de vista económico, la propia mecánica de tales medidas hará inevitables sucesivos ataques al orden social, con lo que se acabará por revolucionar enteramente el actual sistema productivo.

En los países más avanzados convendrá generalmente adoptar las siguientes disposiciones:

(1) Vid. *La Teoría de la Explotación*, E. v. Böhm-Bawerk, Editorial Mirasierra-Unión Editorial, Madrid, 1976.

1. Suprimir la propiedad agraria, cuyas rentas se destinarán a fines de interés público.
2. Imponer un duro y progresivo impuesto general sobre la renta de las personas físicas.
3. Abolir toda institución hereditaria.
4. Confiscar los bienes de oponentes internos y exiliados políticos.
5. Nacionalizar el crédito, mediante la implantación de una banca enteramente dirigida por el Estado.
6. Estatificar asimismo los medios de transporte y comunicación.
7. Ampliar la esfera de actuación de las industrias estatales.
8. Imponer a todos la obligación de trabajar.
9. Asimilar campo y ciudad, mediante el oportuno control de los movimientos migratorios.
10. Implantar la instrucción pública obligatoria, a través de escuelas y establecimientos exclusivamente regidos por el Estado" (2).

La *Teoría de la Explotación*, como es bien sabido, en definitiva, asevera que, bajo un régimen de mercado, los poseedores del capital explotan a los obreros al pagarles, por su contribución laboral, menos de lo que la misma en realidad vale, enriqueciéndose con la correspondiente diferencia o plusvalía, arteramente detraída a los trabajadores.

Esta doctrina de rancio abolengo, defendida a lo largo de los siglos por múltiples autores, constituye el pensamiento fundamental de Marx, plasmado definitivamente en el tomo primero de *El Capital* (1867), sin que ninguno de sus epígonos haya agregado nada nuevo.

Marx, en *El Capital*, comienza por plantear el problema del valor —por qué vale más, para las gentes, el oro que el hierro—, tema que tanto atormentó a los economistas sus predecesores, particularmente desde que Adam Smith, en *The Wealth of Nations* (1776), intentara derechamente abordarlo, con poca fortuna, por cierto.

Amparándose en Aristóteles, quien, efectivamente (*Ética a Nicómano*, I, C., cap. V), había dicho que "no puede haber cambio sin igualdad ni igualdad sin conmensurabilidad", Marx piensa que para que dos cosas fueran intercambiadas libremente habrían, por fuerza

(2) Vid. *Manifiesto*, 74 y 75 (Progress Publishers), Moscú, 1975, Edición en lengua inglesa.

de tener el mismo valor, pues nadie canjearía un bien más valioso por otro menos apreciable (3).

Pero, en tal sentido —pregúntase nuestro autor—, siendo las mercancías tan dispares entre sí, ¿cuál puede ser ese elemento común que las iguala, en el plano valorativo, al intercambiarse? ¿Por qué cinco lechos —escribe citando a Aristóteles— valen lo mismo que una casa? Y expone su conocida ecuación de intercambio:

“Tomemos ahora dos mercancías, por ejemplo, trigo y hierro. Sea cual fuere su relación de cambio, siempre podrá representarse mediante una ecuación en que una cantidad de trigo se considere igual a una cualquiera de hierro, por ejemplo: *un quarter* de trigo = x kilogramos de hierro. ¿Qué significa esta ecuación? Significa que dos objetos diferentes, *un quarter* de trigo y x kilogramos de hierro tienen algo en común. Por tanto, ambos son semejantes a un tercero que no es ni el uno ni el otro. Cada uno de ellos, en cuanto valor de cambio, debe ser reducible al tercero, independientemente del otro. Este algo en común no puede ser una propiedad natural cualquiera, geométrica, física, química, etc. Dejando a un lado el valor de uso de las mercancías, sólo queda a las mismas una cualidad (común), la de ser productos del trabajo. Por tanto, lo que determina la cantidad de valor de un artículo es el *quantum* de trabajo necesario para su producción en una sociedad dada. Cada mercancía particular se considera en general como un ejemplar medio de su especie. Las mercancías que contienen cantidades de trabajo iguales o pueden ser producidas en el mismo tiempo, tienen el mismo valor. El valor de una mercancía es al valor de cualquier otra lo que el tiempo de trabajo necesario para la producción de la una es al tiempo de trabajo necesario para la producción de la otra” (4).

El valor de las mercancías depende, pues, para Marx en palabras del profesor Prados Arrarte, “de una cualidad común a todas ellas, que no es otra cosa que el trabajo humano incorporado. Los bienes en los que se ha incorporado trabajo humano contienen valor y carecen de él en caso contrario” (5).

Partiendo de tal base, Marx pasa a describir cómo opera en el mercado el capital y cómo obtiene su injusta plusvalía. El capita-

(3) Vid. *El Capital*, Madrid, 1967, EDAF, I, 62 y 63.

(4) *El Capital*, I, 41 y sigs.

(5) Prólogo del Prof. Jesús Prados Arrarte a la citada edición española de *El Capital*, XLIII.

lista comienza por adquirir las materias primas o los productos semifabricados que precisa. Por tales factores paga el precio correspondiente, digamos seis. Busca seguidamente los trabajadores necesarios y es a éstos a quienes engaña, pues si la contribución laboral de los mismos, unida a los anteriores materiales, va a producir una cosa que se venderá por diez, lejos de pagarles cuatro, como sería lo procedente, ya que es ese trabajo lo que va a transformar un valor de seis en un valor de diez, entrégales sólo dos, lucrándose con la correspondiente diferencia. Tan increíble timo, en la práctica, se perfecciona, obligando a los obreros a trabajar impagadas horas extraordinarias.

El valor de la mercancía *trabajo* —en opinión de Marx— se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo laboral necesario para producirla, o sea el exigido por la creación de los medios de subsistencia precisos para mantener al obrero. “La fuerza de trabajo tiene exactamente el mismo valor que los medios de subsistencia necesarios para el que la pone en juego” (6). En el Manifiesto Comunista ya se había dicho (pág. 64, op. cit.) que “el valor medio del salario laboral es el salario mínimo, o sea la cantidad de artículos de consumo inexcusablemente requerida por el trabajador para su mera supervivencia como tal trabajador ... y suficiente sólo para prolongar y reproducir la existencia estricta”.

Si hay que invertir seis horas de trabajo, pongamos por caso, para crear lo que el trabajador vitalmente precisa, y, si suponemos que dichos productos valen nueve unidades monetarias, el importe de un jornal, para Marx, tiene obligatoriamente que ser igual a nueve. El capitalista adquiere por tal precio el correspondiente *trabajo*. Pero obliga a sus dependientes a laborar, no las seis horas exigidas por el mantenimiento propio, sino doce, lo que hace que el producto valga otras supletorias nueve unidades monetarias, importe que aquél se embolsa en forma de plusvalía.

La plusvalía brota, por tanto, de que el capitalista fuerza al laborador a trabajar una serie de horas sin pagarle nada por ellas. La jornada laboral se compone, para Marx, de dos partes. Durante la primera, o sea durante el período de *trabajo necesario*, el interesado produce su propia subsistencia o el equivalente monetario de la misma; durante la segunda, de *trabajo excedente*, resulta, en cambio, víctima de clara explotación, al no recibir compensación alguna por ese mayor valor que su personal actuar engendra, pues, según la dialéctica marxista, el salario constituye una cantidad dada, el mínimo

(6) *El Capital*, I, 177.

vital exigido por la supervivencia del obrero, suma que no puede variar.

Así, pues —concluye Marx—, “el capital no es solamente, como dice Adam Smith, el poder disponer del trabajo ajeno, sino que esencialmente es el poder disponer de esfuerzo irremunerado. Toda plusvalía, cualquiera que sea su forma particular —renta, interés, beneficio, etc.—, constituye pura materialización de un trabajo no pagado. Aquella prolífica virtud del capital para engendrar beneficio radica en el simple hecho de disfrutar de capacidad laboral por la que nada abona el capitalista al trabajador” (7).

La introducción del concepto de plusvalía tenía necesariamente que obligar a Marx —como dice Prados— a diferenciar los capitales según su destino, puesto que una parte de ellos, la que sirve para remunerar la “fuerza de trabajo”, origina una plusvalía, mientras que no ocurre lo mismo con la que se invierte en materias primas; a aquella denominóla Marx *capital variable*, y a ésta, *capital constante*. “En el transcurso de la producción, la parte del capital que se transforma en medios de producción, es decir, en materias primas, medios auxiliares e instrumentos de trabajo, no cambia la magnitud de su valor. Por eso le damos el nombre de parte constante de capital, o más brevemente *capital constante*. Por el contrario, la parte del capital transformada en fuerza de trabajo cambia de valor en el transcurso de la producción. Esta parte del capital varía de magnitud constante en magnitud variable. Por eso le damos el nombre de parte variable del capital o, más brevemente, *capital variable*” (8).

Y como colofón a todo este planteamiento, Marx estructura su conocida teoría de la *progresiva pauperización de las masas*. Bajo un sistema capitalista —asegura— los ricos, merced al régimen de explotación a que son sometidos los obreros, van enriqueciéndose cada vez más, mientras los pobres van sumiéndose en miseria progresivamente creciente. “Así es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista” (9).

Karl Heinrich Marx nació (1818), riberas del dulce Mosela, en la monacal y recóndita Tréveris, la de los Obispos Electores, y mu-

(7) *El Capital*, I, 561.

(8) *El Capital*, I, 218, y prólogo, XLIX.

(9) *El Capital*, I, 681. El subrayado de la anterior frase es del propio texto marxista. El capítulo XXV de *El Capital*, dedicado precisamente al análisis de esa supuesta progresiva pauperización de las masas, se intitula *Ley General de la Acumulación Capitalista* y allí leemos: «... de esto se deduce que cualquiera que sea el nivel de los salarios, la condición del trabajador empeora al acumularse el capital» (pág. 682).

rió (1883) en Londres, la brillante y cosmopolita metrópoli de Victoria, Reina y Emperatriz, dominadora del mundo, último soberano británico que ejerciera poder real, y cuyo sistema político, precisamente, iba a permitir a este tenaz opositor, huido de su patria, expulsado de Bruselas y París, hallar amparo, orillas del Támesis inalterable, desde donde podría agitar y escribir, sin cortapisa alguna, atacando y vilipendiando a aquella misma sociedad victoriana que tan generosamente le acogía.

Eugene von Böhm-Bawerk nace (1851) en Brünn, doctorándose en las universidades de Viena (Derecho) y Heidelberg (Ciencias Políticas). A los treinta años gana la cátedra de Economía de la universidad de Innsbruck y poco después (1889) es llamado a Viena al Ministerio de Hacienda. Desde allí, sin afiliarse a ningún partido político, contribuye a la implantación del patrón oro, equilibra el presupuesto, reduce la deuda pública y opónese al creciente nacionalismo económico que estaba socavando las bases de aquel delicado orden político que constituía el Imperio Austro-Húngaro, sistema gracias al cual se había llevado paz y prosperidad al más inestable y complicado mosaico de razas, pueblos y religiones.

Dimitió del cargo de Ministro de Hacienda, en 1904, como protesta contra las irregularidades presupuestarias que las fuerzas armadas querían imponerle; retirado de la vida pública, dedicó los últimos diez años de su existencia a enseñar doctrina económica en la universidad vienesa.

Dicen algunos que murió (1914) de hipocondría, de pesar y desilusión, ante el estallido de la primera guerra mundial, conflagración desatada, según él pensaba, por el *intervencionismo creciente* que iba paulatina pero inexorablemente apoderándose del mundo occidental y que había de provocar, no sólo la terrible guerra incipiente, sino además múltiples otros desastres, poniendo en peligro la propia supervivencia de la civilización liberal, es decir, de aquel orden nuevo nunca antes ensayado, que había elevado el nivel de vida de las masas a cimas otrora impensables, gracias simplemente a que se había conseguido implantar, en unas restringidas áreas del globo y nunca en su plena pureza, la economía de mercado, merced a la perspicacia de unas —muy pocas— mentes superdotadas, que supieron transmitir el mensaje adecuado, cosa que, por lo visto nadie es hoy capaz de hacer (10).

(10) La primera guerra mundial va gestándose, ante el mirar atónito de la plácida y liberal Europa del verano de 1914, en sucesivas y dramáticas jornadas, que fueron como los deslumbrantes relámpagos precursores del inminente tifón: el 28 de junio, asesinato, en Sarajevo, del Archiduque Francisco Fernando; el 28 de julio, declaración de guerra de Austria a Servia; el

Fue Böhm-Bawerk de los primeros en advertir la grave amenaza que las doctrinas socialistas representaban para el progreso y bienestar de todos y, particularmente, de los más humildes. Por eso, en su monumental trabajo *Capital e Interés*, dedica especial atención a los escritos de los más destacados teóricos de tal sistema económico, Rodbertus y Marx, poniendo al descubierto las inconsecuencias e inexactitudes del pensamiento marxista.

Böhm-Bawerk resalta la inadmisibilidad lógica de aquella idea aristotélica en que Marx se basa, según la cual debe existir una igualdad valorativa entre las partes contratantes con respecto a los objetos o servicios libremente intercambiados y dice:

“Allí donde exista igualdad y absoluto equilibrio no puede producirse cambio con respecto a la situación anterior. Siendo así que el intercambio presupone transacción, parece indudable que la misma tuvo que ser provocada por previa desigualdad o falta de equilibrio, circunstancia que precisamente indujo a las partes a efectuar la operación cambiaria” (11).

Ludvig von Mises, años después, ampliaría el razonamiento:

“Inveterado y craso error era el suponer que los bienes o servicios objeto del intercambio habían de tener entre sí el mismo valor. Considerábase el valor como una cualidad objetiva, intrínseca, inherente a las cosas, sin advertir que el valor no es más que el mero reflejo del ansia con que el sujeto aspira al bien que le apetece. Suponíase que, mediante un acto de medición, las gentes establecían el valor de los bienes y servicios, procediendo luego a intercambiarlos por otros bienes y servicios de igual valor. Esta falsa base de partida hizo estéril el pensamiento económico de Aristóteles, así como, durante casi dos mil años, el de todos aquellos que tenían por definitivas las ideas aristotélicas. Perturbó gravemente la obra de los economistas clásicos y vino a privar de todo interés científico los trabajos de sus epígonos, en especial los de Marx y las escuelas marxistas. La economía moderna se basa en la cognición de que surge el trueque precisamente

19 de agosto, Alemania la declara a Rusia; el 3, Alemania a Francia; el 3, Gran Bretaña a Alemania; el 6, Austria a Rusia Y el 27 muere, en Viena., Böhm-Bawerk, extinguiéndose aquella inteligencia que tanta luz había derramado a través de sus escritos.

(11) Vid. *La Teoría de la Explotación*, pág. 137.

a causa del dispar valor por las partes atribuidos a los objetos intercambiados. Las gentes compran y venden, única y exclusivamente, por cuanto valoran en menos lo que dan que lo que reciben. De ahí que vano sea todo intento de medir el valor. Ni procede ni acompaña al intercambio proceso alguno que implique medir sin ponderar. Quien atribuya el mismo valor a dos cosas, no tiene por qué intercambiar la una por la otra. Ahora bien, en el caso de ser diversamente valoradas, lo más que cabe afirmar es que una de ellas, *A*, se aprecia en más, es decir, se prefiere a *B*. El valor y las valuaciones constituyen expresiones intensivas, no extensivas. De ahí que no pueden ser objeto de ponderación mental mediante números cardinales, sino sólo a través de los ordinales" (12).

Aprendida la idea de la desigualdad valorativa implícita en el intercambio, queda privada de sentido la inicial búsqueda marxista por "aquel común elemento" que iguala las mercancías haciéndolas idénticas en "valor de intercambio" (13).

La mera existencia del intercambio —el que yo ceda una camisa y el otro me la adquiera— destruye, en efecto, la teoría laboral del valor, pues tal transacción evidencia la dispar valoración atribuida a un mismo objeto, en el que, desde luego, único y específico *quantum* de trabajo (por seguir la terminología marxista) ha sido invertido. Y ello sin necesidad de resaltar, una vez más, pues *ad nauseam* ha sido ya destacado, que la fórmula de Marx resulta, por definición, inaplicable a la parte mayor de los bienes que el hombre estima y aprecia, es decir, a los factores naturales de producción, a los campos y los bosques, los ríos y los terrenos urbanizados, los depósitos minerales todos, en los que no hay trabajo humano alguno invertido.

"El valor —escribe von Mises— es la trascendencia que el hombre, al actuar, atribuye al fin que, en cada momento y circunstancia, desea alcanzar. Sólo con respecto a los fines aparece el concepto de valor en sentido propio y genuino. Los medios resultan valorados de modo derivativo según su utilidad o idoneidad para conseguir aquéllos; la estimación de los mismos depende del valor asignado a la meta apetecida. Para el hombre, los medios sólo tienen interés en tanto en cuanto le permiten lograr un cierto objetivo. El valor no es de con-

(12) Ludwig von Mises, *La Acción Humana*, Madrid, Sopec, 1968, 265 y 266.

(13) Vid. *El Capita*, 40 y sig.

dición intrínseca; en modo alguno hállase en las cosas. Somos nosotros quienes lo llevamos dentro" (14).

La base y fundamento del valor es, evidentemente, la utilidad, pero —como destaca Röpke— no una supuesta *utilidad genérica* del bien de que se trate, sino la *utilidad específica* que para el actor, en determinado momento y circunstancia, tenga precisa porción de la correspondiente mercancía. El no advertir esa trascendental distinción entre utilidad genérica y utilidad específica es lo que, durante milenios, confundió a los pensadores. Por eso no acertaban los antiguos economistas a comprender cómo cosas cuya "utilidad" era mayor se valoraban en menos que otras de "utilidad" menor. ¿Por qué valían más *los diamantes que el pan?* ¿Por qué era menos apreciado *el hierro que el oro?* La aparente paradoja derivaba de no advertir que el intercambio jamás implica elegir entre *todo el pan y todos los brillantes* o entre *todo el oro y todo el hierro*. El ser humano, en específicas circunstancias, elige —valora y prefiere— entre precisas cantidades de pan, oro, hierro o brillantes.

Röpke, en efecto, oponiéndose a la teoría laboral del valor, con extraordinario grafismo, resalta:

"Un traje no vale ocho veces más que un sombrero porque represente ocho veces más de trabajo (relación esta última que se mantiene con independencia del valor del sombrero y del traje), sino que la sociedad está dispuesta a invertir ocho veces más trabajo en el traje, porque luego, una vez terminado, valdrá ocho veces más que un sombrero" (15).

Dicho lo anterior, vale la pena, incidentalmente, notar dos hechos interesantes.

Primero, que el propio Aristóteles, después de afirmar tajantemente, como hemos visto, que "no puede haber cambio sin igualdad, ni igualdad sin conmensurabilidad", estableciendo la identidad de "cinco lechos = una casa", pronto advierte que el asunto no es tan sencillo como a primera vista parecería, por lo que a renglón seguido desdicese de su aserto originario —cosa que induce a Marx a criticarle— proclamando, en cambio, que "es en verdad imposible que objetos tan dispares sean conmensurables entre sí" (16).

Y otro hecho curioso: que el propio Marx estuvo muy cerca de

(14) *La Acción Humana*, 135 y 136.

(15) Wilhelm Röpke, *Introducción a la Economía Política*, Unión Editorial, S. A., Madrid, 1974, pág. 31.

(16) *El Capital*, I, 62.

descubrir la condición subjetiva del valor. El autor de *El Capital* (pág. 41, nota 1) dice, en efecto, siguiendo a Barbon, que "nada puede tener un valor intrínseco", y para reforzar el aserto, cita los siguientes versos de Butler:

"The value of a thing
Is just as much as it will bring" (17).

Marx está, aquí, casi pisando la frontera subjetivista, de la que, sin embargo, temeroso, se aparta, para volver a su amada teoría objetiva del *quantum* laboral, al advertir que tal línea de pensamiento le alejaba de la tesis —la explotación del obrero— que, como fuera, quería demostrar y a cuya probanza iba a dedicar miles de páginas tras las transcritas frases que casi habíanle abierto los ojos.

Vista la vacuidad de la teoría laboral del valor, examinemos rápidamente, a la luz de la moderna economía, el problema de los salarios, esos salarios que, según Marx, hallábanse históricamente determinados por el valor de la "cantidad de artículos requeridos por el trabajador para sobrevivir, bastando tan sólo para prolongar y reproducir la existencia estricta".

El salario, en el mercado, depende de la productividad del trabajador, y tal productividad, a su vez, viene determinada por la cuantía de capital, es decir, por la cantidad y bondad de los instrumentos, herramientas y medios, que cabe poner en manos del obrero. Un trabajador, con maquinaria moderna, produce incomparablemente más que el laborador que ha de trabajar, digamos, con uñas y dientes sólo. Ahora bien, esos supletorios capitales, esos extraordinarios medios de producción, sólo el ahorro los engendra y, precisando más, el ahorro libre que, consecuentemente, puede ser *correctamente invertido*, pues si la inversión no es acertada, o sea si no produce beneficio monetario, se está empobreciendo a la colectividad, digan lo que quieran los patrocinadores de tantos faraónicos trabajos como hoy se emprenden y que tan gratos resultan a los jefes y, parece mentira, también a los gobernados.

El beneficio, en la actividad mercantil, supone que el actor está ofreciendo a los consumidores bienes de un valor superior al costo de los factores de producción empleados. Las pérdidas indican exactamente lo contrario; que se están dilapidando factores de alto valor en producciones de escaso interés para los consumidores. El mecanismo del mercado, mediante ganancias, induce al productor que

(17) «El valor de una cosa es igual a lo que por la misma pueda conseguirse».

obtiene beneficios a proseguir y ampliar sus actividades, obligando a quien sufre quebrantos, en cambio, a detener sus empobrecedoras actuaciones, mediante las correspondientes pérdidas.

Innecesario tal vez fuera destacar, una vez más, pues en tantas ocasiones y por tan autorizadas voces se ha dicho, que los factores de producción disponibles *son siempre de cuantía limitada*, lo cual obliga a administrarlos convenientemente para sacar de ellos la máxima utilidad posible. Y eso es, precisamente, lo que la mecánica del mercado procura. Los consumidores, en efecto, comprando y dejando de comprar, transmiten sus instrucciones a los empresarios, quienes dócilmente han de seguirlas so pena de severas sanciones pecuniarias. De ahí que aquellas inversiones estatales antes aludidas, aparentemente tan beneficiosas, empobrecen a las masas que han de pasarse sin bienes y productos de los que, en otro caso, habrían disfrutado, si el gobernante no hubiera detraído los factores en cuestión de la correspondiente producción, que indudablemente hubiera valido más para el consumidor que libremente se expresa comprando.

Pero lo dramático es que el capital sólo aparece bajo una economía de mercado: en un orden social donde exista la propiedad privada de los medios de producción, los cuales, consecuentemente, pueden ser contratados, registrando así sus respectivos y correspondientes precios. El régimen colectivista tiene bienes de capital, pero no se sabe qué sea capital. Porque el capital no es una cosa material, sino un concepto intelectual; es, en definitiva, el valor de mercado de los medios de producción que el sujeto económico tiene a su disposición. Y no son los factores disponibles lo importante para la producción, sino la utilidad social, el valor, en cada supuesto concreto, de aquéllos.

Para tener capital, ese factor decisivo que incrementa los salarios y el bienestar social, es preciso, en conclusión, un mercado no intervenido y unos ahorradores libres, *dos* circunstancias obligadas y complementarias.

En tal contexto determináanse las retribuciones laborales de acuerdo con la productividad marginal de quien las percibe, no constituyendo jamás cantidad fija, como suponía Marx, sino sumas en permanente crecimiento real.

“El mercado laboral, al igual que todos los demás mercados —escrive Ludwig von Mises— es movido y operado por los empresarios deseosos de cosechar ganancias propias. Cada empresario procura adquirir al precio más barato posible aquellos tipos de trabajo que precisa. El salario que, al efecto, ofrezca habrá, sin embargo, de ser lo suficientemente

elevado para atraer al trabajador que le interese separándole del llamamiento de los demás empresarios que igualmente pretenden contratar sus servicios. El límite máximo del salario hállese prefijado por el precio a que el empresario supone podrá vender la supletoria cantidad de mercancía producida gracias al nuevo trabajador contratado. El límite mínimo lo determinan las ofertas de los demás empresarios, también deseosos de obtener el mayor lucro posible. A esta concatenación de circunstancias es a la que los economistas aluden cuando aseveran que la cuantía de cada salario depende de la utilidad marginal del correspondiente trabajo.

La sociedad capitalista tiende al continuo aumento de la suma de capital invertido por individuo. La acumulación de capital progresa con mayor rapidez que el incremento de la población. Tanto la productividad marginal del trabajo como los salarios y el nivel de vida tienden, en su consecuencia, al alza continua. Tal progreso, sin embargo, en modo alguno es fruto engendrado por supuesta ley que invariablemente presidiría la evolución humana; se trata, por el contrario, de efecto provocado por un conjunto de factores que sólo bajo el régimen capitalista pueden producir tales consecuencias. Es posible y, dado el cariz de las actuales políticas, incluso no improbable, que cambie de significado la aludida tendencia, a causa, por un lado, del consumo de capital y, por otro, del aumento o insuficiente disminución de las cifras de población. Volverían entonces los hombres a saber lo que es la muerte por hambre; parte de los trabajadores, al resultar tan desproporcionada la relación entre la cifra de población y la cuantía de capital disponible, habrían de percibir salarios inferiores al gasto exigido por la mera subsistencia. La aparición de una situación así, indudablemente, provocaría conflictos de tal violencia que se desintegraría todo lazo social" (18).

Bajo un mercado inadulterado, pues, no se explota a nadie. Cada uno de los intervinientes en el proceso mercantil percibe exactamente lo que su contribución vale desde el punto de vista de las masas consumidoras.

Hay, sin embargo, quienes se preguntarán cómo puede ser que el empresario obtenga beneficio, si es cierto que paga, tanto al obrero como al suministrador de materias primas, exactamente lo que sus respectivas aportaciones valen, en el momento de que se trate.

(18) *La Acción Humana*, 723 y 734.

La respuesta es sencilla. El empresario invariablemente especula con el futuro; cree advertir que las gentes, mañana, estarán dispuestas a pagar por determinado bien económico un precio que, dadas las actuales valoraciones de los factores necesarios para su producción, le han de permitir cosechar un interesante margen de ganancia. Lánzase, impulsado siempre por su interés, a adquirir los correspondientes medios, entre los cuales, desde luego, se halla el factor trabajo, provocando con su acción el alza de los mismos, que tienden así a coincidir con las futuras valoraciones de los consumidores. Si no variaran más las circunstancias, llegaríase a la anulación del beneficio empresarial. Pero sucede que la realidad mercantil muda de continuo —lo único permanente en nuestro mundo es el cambio— por modificarse los gustos y las apariencias, las materias disponibles, la población, los descubrimientos tecnológicos, etc., lo cual hace que se abran ante el empresario perspicaz horizontes nuevos de lucro, siempre y cuando, desde luego, acomode su actuación a los futuros deseos de los compradores, deseos que ni siquiera estos mismos hoy conocen. He ahí la grandeza y la servidumbre del empresario. Si, en sus previsiones, acierta, ganará, sirviendo a sus semejantes; si, por el contrario, se equivoca, sufrirá las pérdidas personales, que inexorablemente le apartarán del mundo de la producción, a poco que reincida en su desatentado proceder.

El mercado, merced a la capitalización y a la correcta inversión del ahorro, incrementa de continuo la producción, elevando el consumo de las masas, que van *desproletarizándose*, al disfrutar de bienes y servicios ayer tan sólo asequibles a las minorías más privilegiadas. Como los de mayores medios poco pueden incrementar su consumo, véanse constreñidos a ahorrar e invertir sucesivamente más; los trabajadores, en cambio, al incrementarse la producción y subir sus ingresos, van acortando las enormes diferencias precapitalistas entre pobres y ricos. El mercado, en este sentido, desata una tendencia igualitaria de efectos cada vez más acusados, como la práctica diaria constata.

Es falsa, por tanto, la fundamental tesis marxista que acusa al capitalismo de hacer, cada vez, más ricos a los ricos y, consecuentemente más pobres a los pobres. El mercado enriquece a todos y, especialmente, a los de menores medios, quienes, en todo caso, estarían peor de vivir en el socialismo, pues está ya plenamente demostrado que el socialismo no puede ordenar la actividad económica más que mirando de hurtadillas a lo que acontece en el llamado mundo capitalista y procurando torpemente imitarlo.

“Una ciudad puede ser abastecida de agua potable —dice

Mises— mediante transportar el líquido elemento desde lejanos manantiales a través de acueductos —método empleado desde los tiempos más remotos— o bien purificando químicamente el agua insalubre existente en la localidad. Pero, ¿por qué no producir agua sintética? La técnica moderna ha tiempo resolvió cuantas dificultades tal producción plantea. El hombre medio, dominado siempre por su inercia mental, limitaría a calificar la idea de absurda. La única razón, sin embargo, por la que no producimos hoy agua potable sintética —aunque tal vez mañana lo hagamos— es porque el cálculo económico nos advierte que se trata del procedimiento más caro de todos los conocidos. Eliminando el cálculo económico, la elección racional deviene imposible” (19).

La obtención de agua sintética obligaría, en efecto, a condenar la producción de múltiples otros bienes, conseguibles sólo si el líquido elemento se logra por medios más económicos, con el consecuente empobrecimiento de los consumidores, desde luego, pero en perjuicio, además, del propio dictador, quien habrá de renunciar a algunas de sus múltiples aspiraciones, que, de otra suerte, podía haber alcanzado.

El socialismo es siempre ineficaz y llegaría a ser totalmente inviable en cuanto acabara con el capitalismo, con la economía de mercado, su más odiado enemigo.

Y no cabe dejar de resaltar —como concluye el prólogo de la obra comentada— el sospechoso silencio en que Marx se encierra desde que publica el primer tomo de *El Capital* (1867) hasta su muerte (1883).

Marx había, en efecto, comenzado su carrera científico-literaria temprano. A los veintiocho años escribe *Economía Política y Filosofía* (1844). Un año después, *La Santa Familia*, prosiguiendo (1846 y 1847) con *La Ideología Alemana* y *Miseria de la Filosofía*. La obra que iba a darle a conocer por doquier, *El Manifiesto Comunista*, pronto aparece (1848). En Londres ya, tras la *Comuna* de París, prepara, en la biblioteca del *Museo Británico*, donde concienzudamente estudia a David Ricardo y demás economistas clásicos ingleses, su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, de la cual sólo el primer tomo (1857) se edita. Abandona este trabajo y comienza a estructurar *El Capital (Crítica de la Economía Política)*, cuyo volumen primero es, como decíamos, lo último que en vida ofrece a la luz pública. Tiene entonces cuarenta y nueve años; está

(19) *La Acción Humana*, segunda edición española, 842.

en plenitud física e intelectual. ¿Qué significado pueden tener, pues, esos tres lustros largos de total inactividad de un autor que tan diligente y prolífico hasta entonces había sido? Ello es tanto más notable si tenemos en cuenta que Engels, al prologar el tercer tomo de *El Capital*, en 1894, a los casi treinta años de la aparición del primero, asegura que Marx tenía escrita la obra entera desde antes de la publicación del primer volumen.

Son muchos quienes piensan que aquel, en un principio, inexplicable mutismo se debió a la aparición de las ideas marginalistas de Jevons en Inglaterra (*Teoría de Política Económica*) y de Menger en Austria (*Principios de Economía Política*). Aunque estos trascendentales textos verían la luz pública en 1871, su contenido intelectual fue conocido y ampliamente debatido, en los círculos de estudio, mucho antes. Marx debió, pues, tener conocimiento del subjetivismo poco después de dar a la prensa su manuscrito. El nuevo enfoque parece desintegró el frágil edificio intelectual de Marx, quien, al advertir que se derrumbaba la clásica teoría laboral del valor, base de todo su pensamiento; que era ya insostenible lo del salario mínimo vitalmente necesario; que la distinción de capital en clases, una productiva y la otra no, resultaba indefendible e impresentable no menos la supuesta ley de la progresiva pauperación de las masas, debió comprender que su obra entera se había venido abajo, faltándole, sin embargo, la honestidad para así proclamarlo y la energía suficiente para seguir investigando por los nuevos cauces científicos.

Carece hoy, desde luego, el marxismo de toda justificación en el terreno de la lógica económica. No cabe, sin embargo, negar que *la teoría de la explotación* se ha adueñado de la humanidad, como bien pone de manifiesto en el prólogo que el distinguido economista Hans Sennholz escribe para el libro en cuestión.

Esfuerzo intelectual enorme deberá, efectivamente, practicar en las presentes condiciones la actual generación de jóvenes pensadores, noblemente empeñados en proporcionar libertad y bienestar al país, en general, pero, particularmente, a los de menores medios, hasta convencer a las gentes que sólo un camino —el del mercado— conduce a las rosadas cumbres comúnmente deseadas, mientras las demás vías —las de la intervención y el colectivismo— abocan a simas de esclavitud y tribulaciones que a todos horrorizan, con lo que se conseguiría rápidamente remediar tanto perjuicio social como engendrará el erróneo modo de pensar de las generaciones precedentes, intelectualmente sojuzgadas por el incomprensible hechizo de la teoría de la explotación.

¿Pero hay, acaso, alguien que, en estos momentos escuche?

JESÚS HUERTA.